

# INTERROGATORIO EN EL "MAS ALLA"

Advirtiendo sobre  
las consecuencias  
del suicidio

por FRANCISCO CANDIDO XAVIER

He aquí mi amigo, la entrevista breve que usted ha solicitado al viejo periodista desencarnado, sobre el suicidio. Usted sabrá como yo, que no existen casos absolutamente iguales. Cada uno de nosotros es un mundo en sí. Para nuestro esclarecimiento sin embargo debo decirle que se trata de una joven señora que hace precisamente 14 años dejó el cuerpo físico, por propia decisión, ingiriendo hormiguicida.

Expongamos algunas consideraciones, puesto que no podemos transformar el doloroso asunto en novela de gran porte; esta señora se envenenó en Río de Janeiro, a los treinta y dos años de edad, dejando al esposo y a un hijito; se caracterizaba en la tierra, por sus nobles cualidades morales, joven tímida, honesta, laboriosa, de regular instrucción y extremadamente consagrada a los deberes de esposa y madre.

Pasemos, entonces, a las once preguntas que ella nos dio y que se transcriben íntegramente:

—¿Usted profesaba alguna fe religiosa, que le diese la convicción de la vida después de la muerte?

—Yo seguía la fe religiosa, como ocurre a mucha gente que sigue a los demás en el modo de creer; me encontraba en la misma situación del que atiende los caprichos de la moda. Para ser sincera, no admitía encontrar la vida aquí, en el medio espiritual, así como lo veo ahora, tan llena de problemas como en mi existencia en el mundo.

—¿Cuando sobrevino la muerte corporal, en qué estado quedó, conciente o inconciente?

—No conseguía mover un dedo siquiera, pero por motivos que todavía no me sé explicar, permanecí completamente lúcida y por mucho tiempo.

—¿Cuáles fueron sus primeras impresiones al reconocerse como desencarnada?

—Al lado de terribles sufrimientos me tomó un remordimiento indefinible. Oía los lamentos de mi esposo y de mi hijito, en vano gritando yo también, suplicando so-



corro. Cuando la ambulancia me arrebató el cuerpo inmóvil, intenté quedar en casa pero no pude. Tenía la impresión que permanecía amarrada a mi propio cadáver por los nudos de una gruesa cuerda. Sentía en mí, un fenómeno de repercusión que no sabía definir como los golpes del cuerpo en marcha; arrojada con él en el cementerio, lloraba a enloquecer. Después de pocas horas, noté que alguien me transportaba a la mesa de autopsia. Me vi entonces de repente desnuda y temblé de vergüenza. Pero la vergüenza mezclóse con el terror que me invadió al ver que dos hombres me abrían el vientre sin cumplido alguno, no obstante el respetuoso silencio con que se entregaban a la pavorosa tarea, no sé decir, qué me dolía más, mi dignidad femenina, herida ante mis ojos, o el dolor indescriptible que invadía la configuración de mi nuevo estado de ser, cuando los golpes del instrumento cortante rasgaban mis carnes. Pero el martirio no terminó en ese punto, porque yo, que horas antes me encontraba en el confort de mi hogar, tuve que sufrir duchas de agua fría en las vísceras, expuestas, como si fuese un animal de los que vi morir, cuando pequeña, en la chacra de mi padre... Entonces clamé también socorro, pero nadie me escuchaba, ni veía...

—¿Recurrió a la oración en el sufrimiento?

—Sí, pero oraba a la manera de los locos desesperados, sin ninguna noción de Dios... Hallábame en franco delirio de angustia, atormentada por dolores físicos y morales... Además en eso, para salvar el cuerpo que yo mismo destruyera, la oración era un recurso al que echaba mano, muy tarde.

—¿Encontró amigos o parientes desencarnados, en sus primeras horas en el plano espiritual?

—He sabido ahora que muchos de ellos trataron de auxiliarme, pero inútilmente, porque en mi condición de suicida conservaba la plenitud de las fuerzas físicas. Las energías del cuerpo abandonado como me eran devueltas por él, me encontraba tan materializada en la forma espiritual como en mi forma terrestre. Me sentía completamente sola y desamparada...

—¿Asistió a su propio entierro?

—Con tanto terror como usted no es capaz de imaginar...

—¿No había Espíritus bienhechores en el cementerio?

—Sí, pero no podía verlos, estaba mentalmente ciega de dolor. Me sentía debajo de la tierra, siempre ligada al cuerpo como alguien que se debate en un cuarto sofocante, lodoso y oscuro...

## EL JUICIO

—¿Qué aconteció luego?

—Hasta hoy no he podido saber el tiempo que estuve en la celda del sepulcro, siguiendo hora a hora, la descomposición de mis res-

tos... Hubo sin embargo un instante en que el lazo magnético cedió y me vi libre. Me puse de pie sobre la sepultura. Me vi arruinada, flaca, hambrienta, sedienta, desgarrada. No me había hecho cargo de mis propios razonamientos, cuando me vi rodeada de una turba de hombres que, más tarde, vine a saber que no eran otros que obsesores crueles. Me dieron orden de prisión. Uno de ellos notificóme que el suicidio era una falta grave, que sería juzgada ante un tribunal de justicia y que no me quedaba otra salida, más que acompañarles al tribunal. Obedecí, y luego fui por ellos encarcelada en tenebrosa celda... Solamente después de mucho tiempo, donde pude oír el llanto de muchas otras víctimas. Esos malhechores me encerraron y abusaron de mi condición de mujer, sin noción alguna de respeto o misericordia... solamente después de mucho tiempo de oración y de remordimiento, obtuve el auxilio de Espíritus misioneros, que me sacaron de la cárcel, después de enormes dificultades, a fin de internarme en un campo de tratamiento.

—¿Por qué razón decidió eliminarse?

—Celos de mi esposo, que pasó a simpatizar de otra mujer.

—¿Juzga usted que su actitud le ha reportado algún beneficio?

—Sólo complicaciones, después de seis años de ausencia, herida

por terribles recuerdos, obtuve permiso para visitar la residencia que consideraba mi casa en Río. ¡Irremediable sorpresa!... en nada adelanté en el suplicio. Mi esposo, joven aún, necesitaba compañía, escogió por segunda esposa la mujer que yo abominaba... El y mi hijo estaban bajo los cuidados de la mujer que me suscitaba odio y perturbación... sufrí mucho en mi abatido orgullo. Me desesperé. Con todo auxiliada por instructores caritativos, adquirí nuevos principios de comprensión y conducta... Estoy ahora aprendiendo a convertir aversión por amor. Comencé a proceder así, por afecto a mi hijo, a quien ansiaba extender los brazos, y sólo poseía, en el hogar, las manos de ella, habilitadas a prestarme semejante favor... Poco a poco, fui notándole nobles cualidades de carácter y corazón y hoy la amo de veras, por hermana de mi alma. Como pude observar, el suicidio intensificó la lucha íntima que me impuso de inmediato, duras obligaciones.

—¿Qué espera para el futuro?

—Tengo hambre y sed de olvido y de paz. Trabajo de buena voluntad en mi propio mejoramiento y cualquiera que sea la prueba que me espere, en los correctivos que merezco, ruego a la compasión Divina, me permita nacer en la tierra, otra vez, cuando retome el punto de evolución en que estacioné, para concertar las terribles consecuencias del error que cometí.